

## FURA TENA

Escribe: ERNESTO POSADA DELGADO

A 30 kilómetros al norte de las minas de esmeraldas de Muzo, y a 25 de esta población, hay dos cerros de forma extraña y de imponente belleza, llamados Fura Tena por los habitantes de la región. Cierran el extremo inferior del valle del río Minero que, abandonando momentáneamente la mansa y perezosa lentitud con que mueve sus aguas, se lanza furioso y veloz por la angosta y profunda garganta que los separa. Tiene el más alto la figura de una inmensa pirámide irregular, que desde la mitad de su altura se convierte en agudo picacho cónico, de faldas formadas por grandes lajas casi verticales, cuya cima se yergue soberbia y desafiante a 840 metros (el doble de la altura de nuestro Monserrate) sobre el nivel del río Minero. El más bajo tiene menos definida la forma piramidal y, a diferencia de su compañero, no termina en picacho alguno y su altura apenas sobrepasa los 500 metros. En tiempos muy remotos estuvieron unidos formando un solo bloque, porque, como dice Manuel Ancízar en su amena e interesante *Peregrinación de Alpha*, "Fue ésta en su origen (se refiere a Fura Tena) un alto estribo de la serranía del N. O., roto al través por algún terremoto que dio paso al Minero. Las aguas del río, que allí es caudaloso y corre a razón de una legua por hora, labraron la rotura hasta bajarla al nivel del cauce, cortando la peña verticalmente. La rotura que los separa tiene 300 metros de abertura en lo alto y 10 en lo bajo, por donde se precipita el Minero encajonado y ruidoso".

La descripción anterior, que es muy buena, corresponde fielmente a la parte material, física y geológica, de imponente belleza sin duda, pero que en nuestro concepto es la menos valiosa e interesante. En efecto: sabemos por Fray Pedro Simón, el ilustre historiador de la conquista, quien nos lo cuenta en sus *Noticias Historiales*, que "Estos dos cerros eran los adoratorios más famosos de los Moscas que ocupaban aquellas tierras, y esto con tanta devoción que cuando los Muzos los ahuyentaron de ellas, de noche, y ocultándose lo mejor que podían, iban a adorar y ofrecer a su Fura Tena y a su hijo (porque nunca estos Moscas, y pienso es plaga de todas estas Indias, tuvieron ídolo que no fuera macho y hem-

bra). Pero esto no lo hacían con tanto secreto que no viniesen a caer muchas veces en manos de los Muzos y se los comían como carneros, con que se hizo notable estrago en los Moscas, y aún han perdido el cariño de la adoración de este santuario, que muchos españoles han intentado sacar, aunque con trabajos en balde por ser el lugar inaccesible”.

Con el relato anterior confirma, y aún complementa, el eminente historiógrafo una hermosa tradición que, naturalmente, él no pudo conocer y que nosotros oímos narrar en noche memorable, en plena selva del territorio Vásquez, a una india de la tribu de los Muzos, hoy completamente desaparecida como entidad étnica. Era una anciana venerable cuya edad pasaba en varios años del siglo, pero que, no obstante, conservaba lúcidas sus facultades mentales.

Según esa tradición, que como todas debe fundarse en un hecho real, los Muisca, luego de remontar en larga y penosa navegación los ríos que mil ochocientos años después serían bautizados por los españoles con los nombres de río grande de la Magdalena y Carare, llegaron ante las primeras estribaciones de la Cordillera Oriental, vieron sobre la cumbre de un cerro que terminaba en agudo y altísimo picacho de faldas lisas y casi verticales a una india bellísima, una jovencita envuelta en largas y blancas vestiduras, que sostenía con amorosa ternura a un niño pequeño en los brazos, que les sonreía bondadosa y que con claros ademanes y expresivas señas, los invitaba a establecerse en el hermoso y fértil valle que se extendía a sus pies.

Los Muisca no le dieron nombre y cuando a ella se referían, decían simplemente: Fura Tena, que en su lengua quería decir *mujer encumbrada*, esto es, la que habían visto en la cumbre del cerro. Ignoramos en absoluto, como lo ignoraba también nuestra informante por no figurar en las tradiciones de la tribu, qué clase de relaciones unieron a los Muisca con Fura Tena. Sabemos, sí, que pronto le profesaron un culto de adoración, basado en un inmenso pero respetuoso amor; un culto inspirado por inmensa gratitud, en el que para los sacrificios solo se aceptaban, a modo de simbólicos presentes, las bellas esmeraldas, parte de las muchas que ya para entonces producían las cercanas minas de las que fueron los Muisca y no los Muzos, como generalmente se cree, los descubridores y primeros propietarios; un culto que expresaba, como ya dijimos, un amor tan profundamente arraigado en el corazón de los Muisca, que aún después de vencidos y despojados de su valle por los Muzos continuaron practicándolo, no obstante costarles innumerables vidas. Dice la tradición de que nos ocupamos, que los Muisca subían hasta la punta del cerro, hasta el sitio mismo donde estuvo Fura Tena, y donde establecieron el adoratorio propiamente dicho. Pero se ignora en absoluto, aún por las personas que se dicen mejor informadas, por cuál de sus faldas trepaban y cuál pudo ser la senda que seguían, en todo caso hoy completamente borrada. Se sabe que las esmeraldas que servían de ofrendas quedaban depositadas en el santuario, cuya base de pura roca tiene la extraña forma de una copa champañera, pero tan bien guardadas que el cerro ya fue inaccesible para los Muzos, que quisieron saquearlo cuando derrotaron a los Muisca, es decir, unos ochocientos años antes de que los españoles intentaran llegar hasta su cima con las mismas intenciones.

Finalmente, dice la tradición que Ibamá, la última sacerdotisa del adoratorio, la más vieja y respetable mujer del pueblo Muisca, antes de abandonarlo para seguir con su pueblo, vencido y despojado de sus tierras por los feroces Muzos, camino de las frías e inhospitalarias praderas de la sabana, fulminó terrible maldición para quien intentase escalar el cerro. Sobre esto último estamos en capacidad de afirmar que en enero de 1958 tres jóvenes suizos residentes en nuestra patria, hábiles, fuertes y atrevidos alpinistas, intentaron el escalamiento de Fura Tena, a donde viajaron con un completo equipo apropiado para la práctica de tan peligroso deporte. Cuatro días estuvieron reconociendo el terreno y haciendo intentonas de escalamiento por donde veían alguna posibilidad de éxito, pero todo en vano. Unicamente pudieron llegar hasta la mitad, no solo por lo escarpadas de las faldas sino porque un misterioso embrujo que se experimenta, aunque después no se pueda definir, les hizo sentir un extraño miedo, hasta entonces para ellos desconocido, inexplicable en hombres nacidos y criados al pie de los Alpes cuyos más altos picos han escalado muchas veces. Como recuerdo de esa para ellos fascinante aventura y principio de una sincera amistad nos dejaron una hermosa fotografía de gran tamaño que muestra a Fura Tena en toda su imponente belleza.

---